

desmontar sus tiendas, y que en los caminos de Saint-Avold y de Boulay se escalonaban largas columnas que se dirigían á Metz; y poco después distinguieron en lontananza varios cuerpos franceses que hacían alto en Bellecroix, es decir, muy cerca de aquella plaza (1). En la noche del 11 y en la mañana del 12, las palabras de los rezagados y los reconocimientos llevados á larga distancia confirmaron estos informes.

V

Los exploradores enemigos no se engañaban cuando anunciaban el regreso á Metz. En el cuartel general imperial los planes se sucedían, siendo aceptados, abandonados y vueltos á aceptar. El 9 de agosto y el 10 por la mañana, todo el mundo opinaba por la concentración en el Nied, en donde se esperaba la batalla; contábase las fuerzas, que aumentaban de día en día con la llegada de los reservistas y que se aumentarían aún más con la unión del 6.º cuerpo, y el mariscal Lebœuf, en un despacho dirigido al ministro de la Guerra, hablaba hasta de tomar la ofensiva (2). Pero en la tarde del 10, en una conferencia celebrada en el castillo de Pange, formularonse algunas objeciones; el mariscal Bazaine, según hemos dicho, era contrario al plan adoptado, y el emperador, que se había vuelto muy circunspecto, temía que, permaneciendo en el Nied, lo envolvieran los ejércitos alemanes, y temía también que la proximidad de los grandes bosques facilitara las sorpresas traicioneras (3). En resumidas cuentas, y después de meditado todo, se estimó que el partido más prudente era retroceder hasta Metz, siendo aquella, en cuanto es posible contarlas, la sexta variación adoptada desde el 6 de agosto; y como nada hay tan impaciente como la indecisión, en cuanto se hubo resuelto aquel cambio, ni el cansancio de las tropas, ni lo avanzado de la hora, ni la inclemencia del tiempo fueron consideraciones bastantes para suspender la ejecución del nuevo plan, y en medio de la noche y con una lluvia torrencial se levantaron los campamentos. Al amanecer del 11 los carros estaban cargados y enganchados, los hombres con los fusiles en pabellones y los jinetes al lado de sus caballos; y poco después el ejército dirigióse hacia Metz por las carreteras que vienen de Saint-Avold y de Boulay. Aquel era el movimiento que había observado la caballería prusiana y que acababa de poner en conocimiento de su cuartel general.

¿Tenía aquella retirada por único objeto buscar una segunda línea de defensa bajo el abrigo inmediato de la plaza y de sus fuertes? ¿Ocultaba ya el propósito de un regreso al otro lado del Mosela? En aquellas jornadas del 10 y del 11 no parece que se reprodujera y se adoptara todavía la idea del paso del río y del retroceso hasta Verdún y hasta Chalons que había surgido en los primeros momentos de confusión que siguieron á la derrota. Mientras se retrocedía, se vacilaba, y entre los que rodeaban al emperador reinaban dos corrientes: algunos se resignaban á sacrificios que juzgaban necesarios,

(1) *La guerre de 1870*, redactada por la sección histórica del gran Estado mayor prusiano, tomo I, pág. 424.

(2) *Revue d'histoire*, diciembre de 1902, anexos, pág. 1377.

(3) *Ecrits de Napoléon III*, recogidos y coordinados por el conde de La Chapelle, pág. 217.

pero la mayoría, como los generales Lebœuf y Lebrun, se asombraban y hasta se irritaban de que se pensara en ceder el terreno sin combatir. Lo que parece demostrar que no estaba resuelta aún la gran retirada, es que no se revocó ninguna de las órdenes por virtud de las cuales debían acudir á Metz las divisiones de Faily y las tropas de Canrobert.

La crisis del mando en jefe llenó aquellas angustiosas jornadas. El día 9, Bazaine había sido nombrado comandante en jefe, pero bajo la doble fiscalización del emperador y del jefe del Estado mayor general. ¿Convenía hacer desaparecer estos últimos restos de primacía? Napoleón permanecía perplejo, en parte por la poca simpatía que el nuevo general en jefe le inspiraba y en parte por el convencimiento de que la desgracia de Lebœuf consagrara su propia decadencia; y en el entretanto, en París, la opinión pública, por uno de esos entusiasmos de que tan numerosos ejemplos ofrecen las épocas de perturbación, atribuía á Bazaine un genio salvador. La oposición democrática, echándose las de muy lista, lo había hecho su candidato, y los diputados de la izquierda, Julio Favre, Picard y Keratry, insistían cerca del ministro de la Guerra para que el mariscal asumiese todo el poder y el soberano acabara de despojarse de toda su autoridad (4). Este favor aumentaba por la impopularidad del jefe del Estado mayor general, ocupándose del cual el Sr. de Keratry atrevióse á proponer, en la sesión de 11 de agosto, á la asamblea del Palacio Borbón, que lo hiciese comparecer á la barra para que justificase sus actos. Esta proposición, aunque fué desechada, revelaba perfectamente el estado de los ánimos. La impresión había acabado por enseñorearse de las Tullerías, en donde los belicosos de la víspera creían redimirse acusando á Lebœuf; y en la madrugada del 12, la emperatriz, en un despacho muy apremiante dirigido á Metz, hacía suyas las aspiraciones de la oposición. El telegrama llegó á la prefectura en donde en aquel momento estaban reunidos el emperador, Lebœuf, Changarnier y Jarrás. «La escena fué lamentable,» ha escrito uno de los testigos presenciales (5): el emperador, hasta entonces vacilante, pero visiblemente impresionado por el mensaje, esperaba en un silencio impasible que el jefe del Estado mayor general le evitara el disgusto de destituirle; Changarnier deploraba los cambios efectuados al frente del enemigo; y Lebœuf, que preveía su desgracia y que más de una vez había pedido su reemplazo, sintióse, no obstante, aterrado por aquel golpe que recibía, no de sus adversarios, sino de su soberana, y en términos muy dignos (pues su corazón era mejor que su suerte) resignó el cargo. Entonces fué llamado el general Bazaine, quien, sea por falsa modestia, sea por temor á la grave responsabilidad que iba á contraer, al principio se excusó. Canrobert, que el día antes había llegado de Chalons y se hallaba presente, aconsejó con gran patriotismo á su colega que aceptara y le ofreció toda su lealtad y su absoluta obediencia (6); lo que no impidió al viejo sol-

(4) *Procès Bazaine*, declaración de Julio Favre (audiencia de 20 de octubre de 1873).

(5) Jarrás, *Souvenirs*, pág. 75.

(6) *Procès Bazaine*, interrogatorio del general Bazaine (audiencia del 13 de octubre de 1873). Declaración del mariscal Lebœuf (audiencia del 20 de octubre de 1873).

dado de Zaatcha y de Inkermann, que llevaba quince años de mariscalato, opinar que el recién llegado «era muy mozo comparado con él» para darle órdenes (1). Bazaine salió de la cámara imperial investido del mando supremo y emancipado de toda subordinación, incluso la del mismo emperador. A eso de las cinco ó las seis de la tarde recibió su nombramiento; á esa hora, el general Palikao había comunicado la noticia á los diputados, que la acogieron con aplausos.

Al mismo tiempo que el ejército recibía un jefe, el plan de las operaciones futuras tendía, al fin, á fijarse. En medio de todas las vacilaciones, los ánimos se habían familiarizado poco á poco con la idea, rechazada en un principio, de una retirada. Al emperador un temor le obsesionaba, el de verse envuelto, y en las notas diarias escritas por los generales encontramos las señales claras de esta aprensión. En aquella jornada del 12 supose que algunos exploradores enemigos habían aparecido por la parte de Frouard; otros informes denunciaban la presencia de jinetes prusianos hacia el Mosela, aguas abajo de Metz, lo que hizo suponer, aunque inexactamente, un movimiento envolvente hacia el Norte. En el entretanto, uno de los edecanos del emperador, el general Waubert de Genlis, recibió una carta muy grave del general Trochu, el cual, poniendo las cosas en el peor caso, consideraba que el enemigo podría llegar hasta París; si esto sucedía, no sería posible la defensa de la capital sin un ejército de socorro, que no podría ser otro que el ejército de Metz, y por consiguiente era de suma urgencia una retirada que debería emprenderse á toda prisa, mientras estaban libres las carreteras. Trochu, aunque no gozaba de gran favor, era tenido por muy sabio militar, y su carta, leída ante los familiares del emperador, fué por éstos aprobada con gran tristeza (2). Changarnier, á quien se consultaba á menudo, no ocultaba que si se resignaban á emprender la marcha sobre Verdún, era preciso apresurarse (3). Decidióse, pues, la retirada, no sin cierto pesar que al día siguiente había de originar nuevas fluctuaciones, y el día 12, por la tarde, indicóse á Faily que tomara por objetivo, no ya Metz, sino la carretera de París (4). «Al aceptar el mando del ejército del Rhin, escribié más adelante Bazaine, recibí la orden imperativa de pasar sin tardanza el Mosela para replegarme en las llanuras de la Champaña (5).»

VI

La jornada del 12 de agosto, que inaugura el mando de Bazaine, señala también una nueva fase de la guerra. Mac-Mahón, definitivamente obligado á retirarse, retrocede hacia el interior, seguido á distancia por el tercer ejército prusiano; y en los alrededores de Metz, en donde por ahora debemos fijar exclusivamente nuestra atención, se prepara un gran duelo. Lo que hasta el presente se nos ha aparecido sólo por fragmentos y como frac-

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Canrobert, pág. 273.

(2) Trochu, *Œuvres posthumes*, tomo I, pág. 103.

(3) Bazaine, *Épisodes de l'armée du Rhin*, pág. 49.

(4) General de Faily, *Opérations du 5.º corps*, pág. 25. — *Revue d'histoire*, febrero de 1903, pág. 448.

(5) Bazaine, *L'armée du Rhin*, pág. 47.

cionado, destácase con singular relieve, y todo el interés se concentra en un doble esfuerzo: esfuerzo de los prusianos para llegar hasta el Mosela, pasarlo y marchar sobre la retaguardia del ejército francés; y esfuerzo de los franceses para substraerse á la opresión y organizar, aunque fuese muy lejos en el interior del país, la defensa del suelo natal. Los alemanes, con prudente audacia, comienzan á evolucionar en torno de sus adversarios; ejecutan á larga distancia su peligroso movimiento y lo realizan en grandes escalones, bastamente espaciados para no embarazarse y para poder vivir, pero bastante aproximados para apoyarse mutuamente. En esta gran conversión, el I.º ejército, que permanece al Oeste de Metz, forma el eje fijo; el ala derecha del II.º ejército (III.º, IX.º y XII.º cuerpos) se queda un poco atrás para apoyar al I.º en caso de alarma, y el ala izquierda (Guardia y X.º cuerpo) recorre un arco muy extenso que la llevará al Sur de Metz y muy pronto al Oeste de la plaza. Desde el campanario de la catedral se pueden distinguir, en los intersticios de los bosques y de las colinas, las tropas de infantería y los trenes de artillería que, describiendo una larga curva hacia el Sur y descendiendo hacia el valle, estiran sus columnas como estira sus anillos una serpiente. Las referencias de los aldeanos, los mensajes de los alcaldes, los despachos de los jefes de estación que utilizan por última vez el telégrafo antes de que sean rotos los hilos y cortada la vía férrea, todo completa las informaciones. Los jinetes enemigos se presentan en Pont-à-Mousson, donde los cazadores del general Marguerite les matan algunos hombres y les hacen unos cuantos prisioneros; un día más, dos á lo sumo, y el X.º cuerpo y la Guardia llegarán al Mosela. Los franceses están todavía al Este del río, delante de los fuertes de Queuleu y de Saint-Julien; pero se disponen también á repasar el río; y en este doble movimiento de los prusianos, ansiosos de rebasar á sus adversarios, y de los franceses, atentos á replegarse para mejor combatir, ¿quién llegará primero á las mesetas que se alzan entre el Mosela y el Mosa? ¿Serán los franceses, que se acercarán á sus reservas? ¿Serán los prusianos, que arrojarán á sus adversarios hacia Metz aislandolos de la patria? Tal parece ser en aquellos días trágicos el duelo de los dos ejércitos, duelo hoy de velocidad, pero que mañana será duelo encarnizado á muerte.

Las anteriores derrotas habían hecho ya desiguales las condiciones de este duelo; y nuestros errores generales, nuestras negligencias de detalle habían de acabar de destruir el equilibrio entre nuestros adversarios y nosotros.

El campeón de la Francia sería Bazaine, y en esto estribaría la mayor desgracia. Y no quiere esto decir que á él hayan de imputarse todos los errores, porque aunque después todas las responsabilidades parciales se esculpieron detrás de la suya, la verdadera equidad rechaza esos juicios de conjunto. Dejando á un lado toda pasión, puede afirmarse que nunca tarea más pesada correspondió á genio más mediocre. La magnitud de los intereses que había que dirigir exigía un talento generalizador, apto para ver las cosas por masas; y Bazaine, falto de esas adivinaciones superiores, había de llevar un poco al azar ó había de disipar en detalles un pensamiento impotente para elevarse, y obedeciendo á su

inclinación natural, debía colocarse siempre en situación de segunda categoría. Conocía de la guerra lo que puede enseñar una carrera afortunada, secundada por un valor brillante, y poseía la habilidad de un soldado, no la ciencia y la previsión de un jefe. En la vida militar, como en la civil, el desinterés y la virtud suplían a veces al genio; pero el mariscal, a quien no sobraban conocimientos, tampoco tenía nada superfluo en punto a conciencia. Incapaz de imaginar ó perseguir soluciones capitales, había de refugiarse en los expedientes y de descender hasta procurar por su persona, no teniendo, como no tenía, talla para procurar por su patria. Estas preocupaciones personales le inspiraron órdenes voluntariamente ambiguas que le permitieron *a posteriori* acusar á sus subordinados y crear una especie de responsabilidad colectiva en la que resultara confundida la suya propia. Irresoluto como todas las medianías, cauteloso al modo de los egoístas, afable, aunque de una bondad un tanto engañadora, había de tener veleidades sucesivas en vez de firmes voluntades, de ser sutil á fuerza de encontrarse perplejo, y de soñar, en medio de la general confusión, con salvar su fama y hacerse tal vez el hombre necesario. Y después, cansado de refinamientos demasiado complicados para su inteligencia, embrollado por el hilo de sus propios pensamientos, había de dar descanso á sus cálculos, volviéndose fatalista, y de replegarse en una indiferencia apática, increíble en medio de tan grandes peligros. Por esto permanecería clavado en Metz, vacilando en parte por timidez y en parte por astucia, encerrándose poco á poco en una soledad inaccesible, desacreditándose gradualmente á los ojos del ejército, esperando vagamente una solución traída por la casualidad, concibiendo medios plenes y medias intrigas y dejando pasar uno á uno los días de salvación.

Estas perspectivas no debían descubrirse sino en el porvenir; pero lo que sí se vió desde el primer momento fueron la indecisión y el desorden que habían de presagiar el fracaso. El último deseo del emperador al abdicar había sido el movimiento retrógrado detrás del Mosela; Bazaine aceptó este pensamiento como se acepta una herencia, pero quiso la desgracia que la aceptara sin creer en ella, pues retirada por retirada habría querido, siguiendo una antigua preferencia, que el ejército se atrincherara en la meseta de Haye, en la confluencia del Meurthe y del Mosela. Además oía decir á su Estado mayor que una ofensiva vigorosa conseguiría sorprender, en el momento más delicado de su maniobra, al enemigo que evolucionaba en torno nuestro, plan que no era del todo quimérico, y quizás el día 13 una marcha atrevida y rápida habría cortado los anillos algo delgados de aquel ejército que desfilaba hacia el alto Mosela. Retirada ú ofensiva, cualquiera de estos dos partidos podía asegurar la salvación, mediante que se adoptara resueltamente uno ú otro. Un militar audaz hasta el punto de arrostrar cualquier peligro se habría dirigido contra el enemigo, dejando que la victoria le hubiese otorgado la absolución de su atrevimiento; un jefe más respetuoso de las soberanas resoluciones habría ejecutado con puntual lealtad el programa acariciado por la autoridad suprema; pero Bazaine tenía precisamente ese grado de inteligencia que hace aspirar á la independencia y engendra la indecisión. No marcharía

resueltamente contra el enemigo, pues el riesgo era demasiado grande, el atrevimiento demasiado flagrante y la empresa demasiado superior á su genio; retrocedería, sí, como deseaba el emperador, pero á disgusto, volviendo hacia los lugares que abandonara, dando las órdenes sin energía, sin fe, sin preocuparse de dejar escapar los momentos oportunos. Era de temer, sin embargo, que después de haber perdido para siempre la ventaja de la ofensiva, perdiera además, por retraso ó por apatía, la libertad de la retirada.

Para colmo de desdicha, la composición del Estado mayor vino á añadir á la gran crisis del mando supremo una crisis pequeña, pero muy desagradable. Con el general Leboeuf desaparecía el general Lebrun, primer ayudante-jefe del Estado mayor general, y el emperador, convencido de la conveniencia de conservar en la nueva organización algo de la antigua, nombró jefe del Estado mayor general al que era segundo ayudante, el general Jarrás, militar instruido é íntegro, pero más avezado á la administración que apto para las grandes tareas de la guerra. Bazaine hubiera puesto mejor su confianza en algún otro, especialmente en el general Cissey (1); pero al ver que le nombraban á Jarrás, ni supo rechazar francamente la elección, ni someterse á ella sin reticencia, y adoptó la actitud peor que podía tomar, la del enfado. En efecto, apenas nombrado, regresó á su cuartel general de Borny y se retiró entre sus oficiales del 3.^{er} cuerpo, dejando en Metz sin dirección y en el aislamiento más mortificante al que acababa de ser designado por la voluntad imperial. De modo que, en los instantes en que la salvación había de depender de la unidad y de la prontitud de las órdenes, aparecían alejados uno del otro y casi el uno al otro hostiles, los dos órganos inseparables del mando, á saber, el que había de adoptar las resoluciones y el que debía ejecutarlas.

Con esta delicada transmisión de la autoridad y en medio de estas sordas contiendas preparábase el gran movimiento estratégico por virtud del cual debía ser llevada hacia atrás nuestra línea de operaciones. Podían esperarse errores de nuestra parte, pero éstos habían de exceder á las esperanzas de nuestros enemigos.

Resuelta la retirada, lo más urgente debía ser retardar los movimientos del adversario, que ardía en deseos de rebasar nuestras posiciones. El 12 los exploradores prusianos llegaron á orillas del Mosela, aguas arriba de Metz; el 13 fué ocupada Pont-à-Mousson, por la mañana por la caballería y al anochecer por una de las divisiones del X.^o cuerpo (2); convenía, pues, adoptar, aunque tardíamente, la precaución de interceptar todos los pasos no ocupados todavía por los alemanes. Remontando el Mosela, desde Pont-à-Mousson hasta Metz había de Sur á Norte cuatro puentes, el de Noveant, los dos de Ars y el de Longeville. Durante todo el día 13 y la mañana del 14, las gentes de la comarca, jefes de estación, personas notables é ingenieros enviaron á la autoridad militar avisos alarmantes, según los cuales los exploradores enemigos habíanse presentado á orillas del Mosela y se disponían á pasar el río; y aunque nada habría sido más fácil que destruir aquellos

(1) *Souvenirs inédits du général de Cissey (Revue d'histoire, diciembre de 1902, anexos, pág. 1393).*

(2) *La guerre franco-allemande*, tomo I, pág. 431.

puentes, ya que los de Ars estaban minados y con los hornillos cargados y el de Noveant era simplemente un puente colgante, no sólo no se tomó ninguna medida en este sentido, sino que aun se invitó con irónico lacerismo á los avisadores á que se tranquilizaran y se callaran (1). El único puente que se destruyó fué el de Longeville, en la madrugada del 15; precisamente el único que se habría podido conservar sin peligro porque se encontraba bajo el fuego directo de la plaza. Esta conducta extraordinaria se explica más que por la negligencia ó el olvido, por las vacilaciones del general en jefe. El emperador, que tenía si no el conocimiento exacto, por lo menos la intuición del peligro, apremiaba para que se efectuase la retirada y el 13 escribía al comandante en jefe: «No hay que perder un momento para ejecutar el movimiento acordado (2).» Pero el mariscal pensaba de muy distinta manera, y á las nueve de la noche del 13, en un mensaje al emperador, todavía explanaba, bien que en forma de opinión, sus preferencias por la ofensiva, hablaba nuevamente de la meseta de Haye y aludía á los informes que iba á recoger (3). Así se expresaba, como hombre que tiene mucho tiempo por delante y como consultor que emite un parecer, no como jefe que resuelve. Y de este modo transcurrían las horas y permanecían intactos los puentes por donde había de pasar el enemigo. El general Coffinieres, comandante en jefe de ingenieros, á quien incumbía el cuidado de hacerlos impracticables, ha dado de su inacción una explicación que desvanece toda sombra de duda: «Hasta el 13, manifesté algún tiempo después, parecióme que reinaba cierta vacilación sobre el partido que debía adoptarse, y como la rotura de los puentes hubiera hecho imposible toda tentativa, jamás me habría atrevido á volarlos sin la orden del comandante en jefe; y esta orden no vino (4).»

La rapidez, el buen éxito de la retirada exigían que en Metz y en las inmediaciones de la plaza se multiplicaran para nuestras tropas los puntos de paso, sea sobre el Mosela, sea sobre el Seille, pequeño afluente de la orilla derecha que, después de haber corrido casi paralelamente á aquél, se junta con él en la ciudad misma. Dos días después de la derrota y en previsión de un movimiento retrógrado, ya posible aunque todavía incierto, habíase resuelto construir puentes de caballetes, de barcas y de armadias (5), y pontoneros, soldados de ingenieros, obreros del arsenal y obreros civiles, todos habían sido empleados en esta faena. El emperador, bien inspirado, no cesaba de recomendar la actividad (6), y se asegura que aquellos pasos habrían podido quedar practicables en la noche del 12 al 13; pero la fatalidad vino á juntarse á las faltas cometidas y una crecida del río causó desperfectos en las obras que hu-

(1) *Procés Bazaine*, declaraciones de Jarrás, Renault, Mathieu, etc. (audiencia del 24 de octubre de 1873). - Véase también *Revue d'histoire*, abril de 1903, pág. 889.

(2) *Revue d'histoire*, marzo de 1903, pág. 630.

(3) *Correspondance de l'empereur et du maréchal Bazaine (Revue d'histoire, marzo de 1903, págs. 633-634).* - Véase también Bazaine, *L'armée du Rhin*, págs. 50-51.

(4) *Procés Bazaine*, declaración de Coffinieres de Nordeck (audiencia del 24 de octubre de 1873).

(5) *Procés Bazaine*, declaración de Coffinieres de Nordeck (audiencia del 20 de octubre de 1873).

(6) Carta del general Jarrás al general Coffinieres, de 12 de agosto.

bieron de ser objeto de importantes reparaciones. Los oficiales de ingenieros solicitaron un plazo de treinta y seis horas que había de expirar el mediodía del 14, quedando hasta entonces disponibles únicamente los puentes fijos. Lo prudente habría sido utilizar éstos mientras se terminaban los otros; mas no se hizo así, tal vez por negligencia ó incuria, acaso también como último efecto de aquellas incertidumbres que tan fatales habían de ser al ejército y á la Francia.

Otro punto requería la previsión del comandante en jefe, á saber, la elección de los caminos por donde, una vez pasado el Mosela, había de dirigirse el ejército hacia las mesetas; en cuanto á esto, no se estaba del todo desprevenido, pues desde el día siguiente de Forbach, cuando se discutía por vez primera el proyecto de retirada sobre Verdún y Chalóns, los dos ayudantes-generales del Estado mayor general, Lebrun y Jarrás, habían procedido á un examen sumario sobre las vías de comunicación, para lo cual les había servido de guía un plano muy detallado que encontraron, según parece, en la prefectura. A la salida de Metz, dos grandes vías se dirigían hacia el interior: una, que se inclinaba al Noroeste, conducía hacia Briey; otra, que iba recta hacia el Oeste, prolongábase hacia Gravelotte y al llegar allí se dividía en dos ramales que terminaban en Verdún, pasando el primero por Etain y el otro por Mars-la-Tour. Además de estas dos carreteras, anchas y magníficas como las antiguas calzadas de las postas, había dos caminos vecinales, uno que se dirigía á Amanvillers por el Goupillon y Lorry, y otro que subía por el barranco de Chatel; estos dos caminos, aunque mucho menos llanos y anchos que los otros, eran también muy utilizables. Según todas las apariencias, estos estudios se hicieron muy á la ligera, puesto que de ellos no se conservó nada escrito (7). En aquel entonces fué cuando Bazaine, investido de la autoridad suprema, hizo suyo, algo tardíamente y algo también á disgusto, el proyecto de retroceder. El comandante en jefe se encontraba en Borny y Jarrás, jefe de Estado mayor en Metz, mala condición para coordinar un movimiento que exigía una aplicación intensa en el conjunto y en los detalles y una inteligencia perpetua entre el jefe responsable y el agente de ejecución; y el asunto se trató, según parece, como cualquier asunto corriente. Con el mariscal estaba en Borny el general Maneque, que había sido su jefe de Estado mayor en el 3.^{er} cuerpo, y á él confió la transmisión de las órdenes á los cuerpos acantonados allí cerca, es decir, el 2.^o, el 3.^o y el 4.^o cuerpos y la guardia; en cuanto á lo demás, encargó de ello á Jarrás, indicándole negligentemente y por una simple nota, en la noche del 13, que avisara al 6.^o cuerpo, á los ingenieros, á la artillería y á la intendencia. Y ¡cosa extraña, inaudita!, para el paso de tan gran ejército provisto de inmensos convoyes no se designaba más que un camino, el de Gravelotte. Jarrás quedó asombrado (¡quién no lo hubiera quedado!) ante una orden tan extraordinaria; pero creyó que las demás vías serían sin duda utilizadas por los cuerpos á quienes Bazaine había avisado directamente. Los hábitos de la vida administrativa habíanle acostumbrado más que á la iniciativa á la

(7) *Procés Bazaine*, declaración de los generales Lebrun y Jarrás (audiencias del 20 y del 23 de octubre de 1873).

docilidad; y por otra parte sentíase muy poco inclinado á dar su opinión á un jefe que no le invitaba á la confianza; así es que, en parte por pasividad y en parte por timidez, expidió, sin hacer ninguna observación y sobre todo ninguna variación, las órdenes que había recibido el encargo de transmitir (1).

A pesar de estas intermitencias, el 14 de agosto había de ser, según todas las apariencias, el día en que el ejército abandonaría Metz. Una orden del cuartel general había designado la división Laveaucoupet, del 2.º cuerpo, para guarnecer la plaza, debiendo constituir el núcleo en torno del cual se agruparan los 4.ºs batallones, los depósitos, la guardia móvil y la guardia sedentaria. Todas las noticias revelaban los progresos de los alemanes: éstos acababan de entrar en Nancy, infestaban con sus exploradores todo el valle del Mosela y habían cortado el ferrocarril de Frouard, de tal manera que, á consecuencia de esta interrupción, el cuerpo de Canrobert, en parte llegado ya y en parte aún en camino, había de verse privado de muchos de sus efectivos y de casi todo su material. Estos indicios demostraban la urgencia de la retirada: no había momento que perder si no se quería ser víctima de una sorpresa. La orden del comandante en jefe mandaba que las tropas estuviesen dispuestas á las cinco de la mañana. Los ingenieros no habían terminado aún las reparaciones de los puentes, y á medida que la mañana avanzaba veíanse llegar por todas partes los furgones, los carros del tren, los vehículos auxiliares, en tan gran número que era imposible contarlos. Los más perspicaces calcularon entonces con estupor las dificultades y las lentitudes del desfile de toda aquella impedimenta por las tortuosas calles de la ciudad, por los puentes, por las puertas, por la carretera de Verdún; pero los ojos, algo turbados por aquel principio de confusión, se reposaban confiados en el ejército. Pocas veces se había visto otro más soberbio, más valiente: descontados los efectivos dejados en Metz, componíase de unos 160.000 hombres, y las derrotas, achacadas á las circunstancias ó á la mala suerte, más que provocar el desaliento agujoneaban en aquellas tropas el deseo del desquite. Sólo una cosa turbaba á aquellos valientes soldados y era que en vez de llevarlos delante del enemigo los hicieran regresar á Francia: aquella retirada, que, después de todo, era el partido más prudente, les parecía incomprensible; habían recogido y conservado las viejas tradiciones de la ofensiva francesa, y habiendo escuchado de labios de sus antecesores los relatos de Malakoff y de Solferino, no se explicaban una marcha en la cual la ambición suprema había de ser retirarse en seguridad.

A eso de mediodía los puentes quedaron terminados. Mientras todo se disponía para el paso del ejército, los habitantes de Metz fueron testigos de otro espectáculo: en la plaza de la Prefectura se juntaron un escuadrón de los guías, los *Cien Guardias*, y los carruajes con la librea imperial, lo cual era anuncio de que partía el soberano. Al enterarse de esto, los transeúntes se agruparon sombríos, curiosamente asombrados y silenciosos no como señal de censura, sino por exceso de sorpresa y de abatimiento. En presencia de tan grandes infortu-

(1) *Souvenirs du general Jarras*, págs. 83-84. — *Instructions du maréchal Bazaine* (*Revue d'histoire*, marzo de 1903, páginas 631-632).

nios algunos adversarios sentían desvanecerse sus prevenciones á impulsos de la piedad; y el respetable obispo de Metz, testigo de aquellos crueles dolores, decía á los sacerdotes sus familiares: «Viendo al emperador tan desgraciado, pareceme que me vuelvo bonapartista (2).» A cosa de la una, Napoleón, adelantándose al ejército, púsose en marcha saliendo por la puerta de Francia.

En esto, comenzaba el paso de las tropas: el primer cuerpo que se puso en movimiento fué el 2.º, que estaba distribuido entre Peltre, Magny y Mercy-les-Metz; faltábale la división Laveaucoupet, que se había quedado en Metz, pero, en cambio, estaba aumentado con la brigada Lepasset, que había sido segregada del 5.º cuerpo. Los bagajes y la artillería pasaron por los puentes de piedra; el resto pasó primero el Seille y después el Mosela utilizando los puentes provisionales; y cuando las tropas llegaron al único camino que desde Metz conduce á Gravelotte, hallábase este obstruido por toda clase de convoyes, originándose de aquí retardos y siendo preciso acampar á siete kilómetros al Oeste de la ciudad, en la aldea de Rozerieulles (3). El 6.º cuerpo, que venía después, fué el que encontró menos obstáculos, primero porque una de sus divisiones estaba ya en la orilla izquierda, luego porque el grueso de las columnas estaba situado muy cerca de los puntos de paso, y finalmente porque la rotura de las vías férreas había detenido en el camino de Chalóns á Metz los elementos más pesados, ó sea la reserva de artillería, varias baterías, el parque de ingenieros, la división de caballería, resultando en aquellos momentos alivio lo que muy pronto había de ser penuria (4). Por la noche la división Lafont de Villers había de llegar á Longeville y destacar algunos batallones hasta Sainte-Ruffine; el resto del cuerpo de ejército debía acampar en parte entre el Seille y el Mosela y en parte al Noroeste de la plaza, es decir, por la parte de Woippy. A las tres, la guardia, que se hallaba en Plantieres, comenzó á desfilar por la puerta de los Alemanes; y al mismo tiempo, en el otro extremo, el 4.º cuerpo, con las divisiones Cissey y Lorencez, descendió hacia la isla Chambière á fin de efectuar el paso aguas abajo de Metz. A las cuatro, en las alturas de la orilla derecha, es decir, al Oriente de la plaza, no había más que el 3.º cuerpo y la división Grenier del 4.º De pronto retumbó al Este el cañón; era el comienzo de la batalla de Borny.

VII

Las posiciones que se dispónían á abandonar los últimos cuerpos franceses formaban dos grandes mesetas denominadas de Borny la una y de Sainte-Barbe la otra (5), y separadas por varios barrancos que á cosa de una legua al Este de Metz se reunían en uno solo, el cual, dirigiéndose hacia el Oeste, descendía hasta el Mosela. En las alturas ó en las laderas había numero-

(2) *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el P. Klein, páginas 259-260.

(3) Frossard, *Rapport sur les opérations du 2.º corps*, páginas 76-80.

(4) *Procès Bazaine*, declaración de Canrobert (audiencia del 21 de octubre de 1873).

(5) Véase el adjunto mapa.

